

riquezas y la donosura de su aire caballeresco. ¿A qué venía a la Península? Aunque no era ambicioso e intrigante, venía sin duda a abrirse mayores campos a su actividad incansable, quizá a recibir un premio. Este fué la designación de Gobernador de Cuba. Transitoria y fugaz etapa insular, que él transforma rápidamente en su tercera etapa vital: Norteamérica. De Cuba salta de nuevo al continente, pero hacia el Norte, ocupándose en la conquista de Florida, lo que ya intentara años atrás el gran Ponce de León.

De Florida pasa al interior del continente, en dirección al Oeste, hacia las montañas Apalaches, que franquea hasta descubrir al padre de los ríos norteamericanos: El Mississippi, que estaba destinado a ser su tumba. Las bajas tierras de las orillas del gran río son pantanosas y malsanas. Allí contrae una enfermedad que le produce la muerte.

Aquella hueste hispana, que acababa de realizar una de las gestas geográficas más importantes de su tiempo —al descubrir el gran río— quedaba huérfana de jefatura, a miles de millas del más cercano poblado de europeos. ¿Qué hacer con el cadáver del jefe? Enterrarlo para que los indios aventaran sus cenizas, era tan poco caritativo como imposible era trasladarlo a hombros hasta la Nueva España, hasta Méjico. Surge entonces la inspiración poética y dramática a la vez: encerrar el cadáver del gran conquistador en el tronco de un árbol —rústico y sólido ataúd— y lanzarlo a las ondas del río que él había descubierto. De este modo los huesos que cobraron vida en el valle de la Serena, se perdían ignorados en las inmensidades procelosas del gran río americano.

II

Sobre esta trama vital se teje un gran carácter. Para unos autores, es Hernando de

Soto el prototipo de lo que «debiera haber sido conquistador». Le atribuyen constante elevación de miras, nobleza muy superior a sus compañeros de conquista, mansedumbre y dulzura. Se ha hecho en torno a Soto una verdadera «leyenda rosa» o blanca, que, como toda leyenda, es inexacta.

No, Soto fué un modelo de los hombres de su tiempo, pero, como tal, es también un compendio de sus virtudes y defectos. Animoso y valiente, leal y honesto en los tratos con sus compañeros y con los indios, sin el carácter sanguíneo o vehemente de Hernando Pizarro, no se detiene en dulzuras incomprensibles en medio de la forzada dureza de la conquista. Ya dijimos su ánimo expeditivo en Caxas, ya vimos cómo quiso atemorizar al Inca con el caracoleo peligroso de su caballo.

El moderno historiador peruano Raúl Porras ha dedicado muchas páginas —sin acrimonia y sin injusticia— a poner la historia en su punto. Sin ser Soto el bronco soldado salido de la dehesa, es un guerrero expeditivo, que emplea los medios de la guerra allí donde son precisos, ya sea en Nicaragua, la costa del Perú, la serranía o los bosques pantanosos de Florida y las montañas atlánticas de Norteamérica. Tuvo grande autoridad entre los suyos y su consejo sirvió en más de una ocasión para calmar la rivalidad creciente que iba surgiendo entre los hermanos de Francisco Pizarro y los partidarios de Diego de Almagro.

III

Hernando de Soto es una figura imperial, porque vive el Imperio y porque en su propia persona abarca la amplitud territorial que las conquistas de entonces había dado a conocer al mundo.